

NIÑOS DE LA BIBLIA.



JUICIO DE SALOMON

XXII.

SALOMON,

Habia entre todos los hijos de David uno sobresaliente, no solo por su belleza corporal, sino por las prendas recomendables de su animo. Este niño, á quien el profeta Natán puso un nombre hebreo que significaba *el amado de Dios*, fué creciendo en edad y en virtudes, hasta que llegó un día en que el anciano David, reuniendo á los

Octubre de 1848.

magnates y señores de Israel, les dijo:

—Aquí teneis á mi hijo Salomón, á quien, no yo, sino el Señor de Israel, ha elegido por vuestro rey. Mucho seria mi gozo si antes de morir ya viese que le amabais, serviais y reverenciabais como á hijo mio y vuestro legítimo Señor.

Salomón, que ya tenia predispuestos en su favor los ánimos de las personas mas influyentes en Israel, fué sin tardanza reconocido y aclamado por rey con universal aplauso, ofreciéndose ademas todas á contribuir con sus respectivas riquezas á la mag-

TOMO II. 19

nífica obra del templo, que estaba proyectada y que se presumía iba á terminar dignamente el nuevo monarca.

Colocaron á Salomon en el trono aun viviendo su padre y con grande satisfaccion de este. Recibió los homenajes de los principes, de los señores y del pueblo; celebráronse todas las ceremonias, banquetes y regocijos de costumbre, y tambien se solemnizó el suceso con los correspondientes sacrificios. Salomon, empero, que deseaba ya dar una prueba de su gratitud al Ser eterno, y de aquella ferviente piedad en que sabia muy bien se cifraba toda la dicha de los reyes de Israel, partió poco tiempo despues de su consagracion, y acompañado de la gente más principal del reino, hacía el lugar de Gabaon, y allí en el mismo altar de bronce del tabernáculo de Moisés, ofreció al Señor mil sacrificios con una pompa verdaderamente régia. Ni tardó el jóven monarca en recibir una esclarecida prueba de lo gratos que eran á la divinidad sus piadosos sentimientos. En la noche del mismo dia de la sagrada ceremonia y cuando Salomon estaba gozando el reposo del sueño, tuvo una vision celeste en la que el Señor de los cielos, ofreciendo concederle cuanto pidiese, dejó á su arbitrio la eleccion.

Tan generosa oferta que solo al Omnipotente es dado hacer, pudiera deslumbrar á un jóven que halagado por esas fascinadoras ilusiones de los primeros años, no sabe ni puede distinguir los bienes verdaderos y aparentes de otros que falaces y perecederos, todavía mas nos arrebatan; pero Salomon con una prudencia superior á lo que sus cortos años prometian, elevó al cielo su súplica en estos términos:

—Dios de mis padres, que me destináis á reinar en Israel y á gobernar á vuestro pueblo escogido, á mi que soy el mas humilde entre vuestros siervos, haced que no se aparte de mí la sabiduría que asiste á vuestro trono para que pueda gobernar á Israel con equidad y justicia, pronunciando los juicios con toda rectitud de corazón.

Cuan grata á la divinidad fuese la peticion del jóven, se infiere de que en aquel mismo instante, no solo le fué concedido el don inestimable de la sabiduría, sino que se le prometieron honras y riquezas, cuales á ningun monarca de la tierra habia sido dado el gozar.

Muerto el buen monarca David, el pueblo de Israel bien pronto tuvo ocasion de felicitarse por el gobierno de su jóven principe que en la aurora de su reino, ya cumplia lo que otros reyes tardan muchos años en realizar. Asi es que todos bendecian al Señor que les habia dado un monarca tan virtuoso y tan justo, y en cuanto al don de sabiduría que habia recibido del cielo, tampoco les faltaron motivos de reconocer todo su valor.

Presentáronse un dia delante de Salomon, dos mugeres, ambas desconsoladas, ambas muy animosas la una contra la otra y porfiando por apoderarse de un tierno niño, el que ambas decian era hijo suyo. Una de ellas habiendo tenido la desgracia de perder á su niño, se habia apoderado del de la otra mientras que estaba dormida, y tenia entonces audacia suficiente para negar este hecho y sostener una impostura en la misma presencia de Salomon.

Suspensos tenia á todos los circunstantes la novedad del caso, sin que nadie pudiese conjeturar como le resolveria el nuevo monarca; pero este despues de haber observado atentamente á las dos mugeres, se volvió de improviso hácia uno de los guardas que rodeaban su trono y le dijo bruscamente:

—Coge ese niño, divídele por medio y da su mitad correspondiente á cada muger.

El soldado, para quien oír era obedecer, coge al niño sin miramiento, desenvaina su espada en medio del estupor general, la levanta en alto con aire amenazador, y no hay remedio, ya va á descargar el golpe mortal... Pero no hay cuidado: allí está la muger que ha tenido á aquel niño en su vientre durante nueve meses de dolores, fatigas y cruel expectativa, la

que al salir al mundo, desnudo y débil, le ha abrigado y protegido en su seno maternal, la que de día, de noche y sin cesar ha velado por aquella existencia querida, que el mas mínimo accidente pudiera extinguir, y lo ha hecho con toda la concentracion de sus facultades y con aquel amor inefable de que solo una madre es capaz. La verdadera madre, en fin, tiende un brazo protector hácia la débil é inocente criatura, y postrándose al mismo tiempo á los pies del monarca, esclama enagenada:

—¡Oh! que no muera mi niño! Que se le lleve todo entero la otra: si, que se le lleve, antes que vea yo morir ante mis ojos al hijo de mis entrañas.

El sábio monarca que habia contado con el amor de madre y que habia previsto este arranque del corazon, bien diverso á la verdad de la fria indiferencia de la otra muger que permanecia impassible á vista de tal escena, cogió el niño de manos del soldado y le puso en brazos de la muger que tenia á sus pies, diciéndola:

—Tú, si, ¡tú eres la verdadera madre!

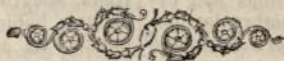
En tanto que esta muger estrecha en sus brazos con insensata alegría al niño que era el complemento de su existencia, la otra competidora, corrida, confusa y temerosa del castigo, procura evadirse antes que se fijen en ella los airados ojos del monarca.

Tal es el juicio de Salomon que con tanta celebridad conserva la historia: juicio discreto que no solo fué admi-

rado y engrandecido del pueblo de Israel, sino que contribuyó á que traspasase los límites de sus estados la reputacion de sábio de aquel monarca, que no solo consolaba las miserias y los males públicos, sino que de tal modo atendia á las quejas personales de los que se creian ofendidos.

Salomon, mientras que se mantuvo fiel al Dios de sus padres, fué no solo el mas sábio, sino el mas feliz y poderoso monarca de la tierra. Sin perder el amor de su pueblo, supo realzar la magestad del trono con la inusitada pompa de su corte y con la grandiosidad de sus empresas. Favorecido por una perpétua paz, restableció la autoridad de las leyes, promovió los intereses de la religion, y con el favor del cielo, llevó á dichoso término la obra del templo, segun las promesas hechas á su padre David. Si la obra suntuosa del templo que superó en magnificencia á todas las conocidas, si la opulencia de los palacios de Salomon, fueron el asombro de sus contemporáneos, las parábolas, sentencias, canticos y proverbios que dejó escritos, son todavía la admiracion de la posteridad. Maravilla ciertamente oir al hombre que mejor entendió, describió y gozó las cosas de este mundo, asegurar que todas ellas son caducas, percederas y pura vanidad. Leccion saludable para acostumbrarse desde los primeros años de la vida á huir de fugaces y mentirosos placeres, para seguir el sendero del bien que conduce al ultimo y dichoso fin del hombre.

F. F. VILLABRILLE.



HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

V.

ALARICO.—GENSALEICO.



Eurico, poco antes de pasar de esta a la otra vida, había reunido en torno de su lecho a los mas principales de la nobleza goda, a quienes rogó encarecidamente que aprobasen la elección que hacia en su hijo Alarico para sucederle en el trono. Los nobles consintieron de buen grado, y Eurico entonces, llamando al joven sucesor, en presencia de aquella respetable asamblea, le dió los consejos mas saludables acerca del modo con que debía gobernar á sus súbditos, y Alarico prometió no desviarse un punto de cuanto le indicaban los labios del moribundo monarca. Hechas las exequias del difunto rey, con la pompa y solemnidad acostumbradas en aquellos tiempos, la multitud española proclamó llena de júbilo al sucesor Alarico, quien animado con tan buenos precedentes, ciñó la corona; mas el joven rey, por desgracia, no se hallaba dotado de las brillantes cualidades que tanto ennoblecieron el reinado de su antecesor.

Sin embargo, escritores de nota no escasa, enaltecen las condiciones de este joven monarca, y le pintan bravo y contenido, valiente con reposo, y osado sin ser intrépido; prendas son estas muy necesarias al hombre destinado á regir una nacion; pero el simple relato de los hechos de este rey, nos manifestará de suyo, que Alarico se encontraba algo distante de poseer tan distinguidos ornamentos. Lo que hay de cierto en la pintura de este monarca, es que sucedió á su padre, no menos en el trono, que en la dilatada am-

bicion de sus ideas, pues aspiró como él á la conquista de las Galias; pero tambien Clodoveo, rey de los francos, había echado una mirada codiciosa hacia los dominios del rey godo, y ambos ocultaban cautelosos los siniestros pensamientos que abrigaban, deseando hallar un color honesto y razonado que justificara el rompimiento de una guerra. El pretexto que anhelaban encontrar, apareció bien pronto: Clodoveo acababa de abrazar la religion católica, y Alarico no cesaba en su profesion de arriano, por mas que las primeras dignidades eclesiásticas le dirigian las mas justas reconvenções. Esta diferencia de religion que existia entre los dos soberanos, fué poco á poco preparando el funesto combustible, que en tiempo dado formaria la hoguera. Los arrianos que huian de Francia, temiendola colérica venganza del católico rey, hallaban un seguro asilo en los estados de los godos, pues Alarico los patrocinaba, acaso, mas con el intento de encender la furia del franco, que por instinto humanitario hacia los fugitivos; y Clodoveo, observando la conducta de su hasta entonces aliado, amenazó romper la liga que en entrambos existia; si continuaba favoreciendo y amparando á los arrianos de su nacion.

Teodorico, rey de los ostrogodos desde que despojó á los hérulos de Italia, suegro de Alarico, y tambien arriano, habiendo sabido las desavenencias de aquellos dos monarcas, y teniendo presente los vínculos de parentesco y religion que tenia con el rey godo, escribió al franco la siguiente carta.

«¡Cuánto desplacer recibe mi alma, amado Clodoveo, al ver dos amigos míos, que mutuamente aspiran á des-

baratarse! Triste cosa es verte encendido en cólera contra el esposo de mi hija, y á quien necesariamente tendré que defender, si acontece la desgracia de un fatal rompimiento. Recapacita que buscando el peligro, buscas la perdición de tus súbditos, pues la suerte de los reyes, es la suerte que en seguida experimentan sus vasallos. ¡Cuán fácil es comenzar una guerra! ¡Cuán difícil remediar lo funesto de su fin! Escucha mi consejo; y antes de venir á las manos, justo será que busques alguna vía de concierto, porque los ánimos irritados ahora por asunto tan de poco valer, pronto hallarán la ocasión de tan deseada avenencia.»

Clodoveo, que era de genio encendido, y que no variaba de resolución, una vez dispuesto á cualquier empresa, contestó á la precedente carta con las siguientes breves razones.

«Si á la guerra me hallo dispuesto, sepa el rey de los ostrogodos, que la razón es la única guía en el asunto; pues lejos de buscar fui buscado. Los sediciosos que huyen de mi reino son patrocinaos por Alarico, y esto es decir: *quiero la guerra con Clodoveo*. Mi alta dignidad de rey, no puede ni quiere tolerar semejante demasia.»

Cuando el rey de los ostrogodos leyó esta respuesta, mostró grande enojo al contemplar el modo soberbio en que se hallaba concebida, y se creyó soberbamente autorizado, no solo para estrechar mas la alianza con Alarico, sino para escribir á los borgoñones, reprendiendo la conducta del rey de los francos. Decía que Clodoveo tenía estremada confianza en su valor y fiereza, únicos agentes que le habían escitado á ensordecer á sus muy fundadas reflexiones, y últimamente concluía pidiendo cooperacion, á fin de atajar el peligro, que amenazando á los godos, amenazaba tambien á las demas naciones.

Con efecto, los borgoñones enviaron embajadores á Clodoveo, que le aconsejaban se apartase de aquel mal propósito; pero el rey de los francos los despidió con aspereza, diciendo que no se encontraba dispuesto á abandonar su proyecto.

Declarada la guerra, marcharon al instante los dos ejércitos, el uno contra el otro, y se avistaron por primera vez en los campos de Vogladenses, tierra de Poitiers. Nada tenían que envidiarse las tropas del uno y otro bando: ambas legiones marchaban en buen orden y disciplinadas; las dos se hallaban animadas y decididas; los dos monarcas aparecieron, cada cual á la cabeza de su ejército esperanzados en la victoria. Largo tiempo las huestes beligerantes se estuvieron observando sin determinarse ninguna de ellas á ser la primera en dar la terrible señal de acometida, hasta que al fin el godo, ó por mas brioso, ó por mas confiado en el éxito de la jornada, arengó á los suyos con frases breves, pero enérgicas, y los soldados, al grito de «viva Alarico,» avanzaron hácia los francos, por quienes fueron recibidos con no menor ardimiento y decision. Fué la batalla tan reñida como dudosa; los unos y los otros se vieron amenazados de iguales peligros, y en ambas partes imperó largo tiempo la esperanza del vencimiento: en esta ocasion mostró Alarico ser grande capitán y valeroso soldado, porque nunca se le vió apartado del sitio donde el peligro era mas grande: ora levantaba al caído, ora animaba con sus palabras á los remisos y acobardados; ya se ponía al frente de la caballería, ya de la infantería, luego de los flecheros, y de este modo no cesaba, siendo conocido entre la multitud por su animosa y gallarda presencia, y por el lujoso jaez con que habia mandado engalanar su caballo.

Mas al fin los francos comenzaron á dar muestras visibles de su superioridad contra los godos, pues estos encomendaron á la ligereza de sus pies la salvacion de sus vidas: viendo Alarico el desaliento y temor de sus soldados, se llenó de cólerica indignacion, y acudió presuroso á varias partes con el objeto de atajar aquella bochornosa desercion.

—¡En las manos, gritaba, y no en los pies, está nuestra esperanza, mis valientes! ¡Mientras mayor es el peligro, mas grande es despues el trofeo

conseguido! ¡Resolucion y firmeza, que es el arma mas poderosa en lances de este jaez! ¡Qué afrenta, que los vencedores de tantas naciones se manifiesten hoy tan apocados y cobardes!

Estas palabras no hicieron mas que sostener la lucha un breve plazo, pero siempre la ventaja estaba de parte de Clodoveo. Ultimamente, los godos volvieron de un todas espaldas al contrario, y en confuso tropel se diseminaron por distintos lados buscando un seguro asilo, no solo para guarecerse de la muerte, sino tambien para ocultar su vergüenza, que fué en esta sazón inferior al miedo.

No obstante, Alarico, que nunca se habia separado del sitio mas peligroso, quedó como era consiguiente de los postreros; mas viendo que el mismo Clodoveo le seguia furioso al frente de mucha gente de á caballo, volvió grupas el monarca godo, y enristrando la lanza, al mismo tiempo que se afirmaba en los estribos, dijo á Clodoveo las siguientes palabras:

—Llega, llega; no juzgues ni compares el valor de Alarico con la cobardía de sus tropas. Solos nosotros bastaremos á decidir la comun contienda.

El rey franco, que le oyó pronunciar estas palabras, sujetó repentinamente la violenta carrera de su corcel, y respondió al monarca arriano:

—¿Y tienes valor para reñir conmigo?

—¿Puedes dudarlo?... Avanza; decidan nuestros aceros el éxito de la victoria.

Tanto el ejército disperso como el vencedor, quedaron atónitos y pasmados á vista de una escena que por lo inesperada, se contempló con mas admiracion todavia, y se mantuvieron inmoles testigos, esperando cada cual la victoria del valor de su coronado gefe.

—¡Avanza! repitió Alarico furioso, ¡no aguardes á que se acreciente el ardor que devora mi pecho! ¡No dilates el trance, y apaga la sed que tengo de tu católica sangre!

—¡Jesus Nazareno venga en mi ayuda! exclamó Clodoveo, y arremetió al rey godo.

Al primer encuentro se hirieron mutuamente los dos soberanos; pero Clodoveo, mas encendido al ver la sangre que le habia hecho derramar su contrario, revolvió contra él con furia inusitada, y acertó el segundo golpe con tanta felicidad, que metiéndole la lanza por el cuerpo, le arrojó fuera del caballo.

—¡Soy muerto! dijo el postrado rey, siendo estas las únicas palabras que pronunció.

La desgracia de Alarico desalentó mas á los godos, y encendió el orgullo de los francos, quienes se adelantaron contra los dispersos fugitivos; sin embargo, dos caballeros godos, deseosos de vengar la muerte de su rey, puestas en ristre sus lanzas, marcharon decididos por opuestos lados á fin de matar á Clodoveo, y merced á un mancebo llamado Clodórico, que á este tiempo se interpuso, el rey franco no perdió la vida, y uno de los agresores quedó muerto en el acto.

Los godos que habian escapado de aquel trance, se derramaron en confuso tropel por las cercanías, no sin ser molestados de los francos, sus asiduos perseguidores; pero dos jóvenes godos de espíritu y decision, avergonzados sin duda de la terrible derrota que experimentó su gente, comisionaron á varios gefes de prestigio para que reunieran la dispersa hueste del malogrado Alarico. Con efecto, en las intermediaciones de Burdeos, se logró juntar un ejército numeroso, que alentado con el brio de los mancebos que los estimulaban al combate, se atrevieron á probar ventura; mas el éxito desgraciadamente, no correspondió al valor de que se hallaban poseidos, porque las tropas del triunfante Clodoveo, ensoberbecidas con la pasada victoria, acometieron denodadas á los godos, y al grito de «mueran los arrianos» hicieron en ellos una muy considerable matanza; desde esta época se llamó al sitio de la batalla *Campo de los arrianos*; nombre que los católicos francos daban á los godos españoles, en atencion á la secta que profesaban.

En esta jornada, los godos, no solo perdieron á su rey, y vieron amino-

rarse las gruesas filas de sus soldados, sino que la mayor parte de los pueblos que poseían en Francia, quedaron desde entonces sujetos al tiránico dominio de los francos, sin exceptuar á Tolosa, donde aun se hallaba la casa

real y silla de los godos. Murió Alarico año de nuestra salvacion 506.

Dejó un hijo que solo contaba cinco años de edad, cuando aconteció la catástrofe, y por consiguiente, su escasa juventud le incapacitaba para



MUERTE DE ALARICO

tomar sobre sí los cuidados del gobierno; mas un hermano suyo bastardo, llamado Gensaleico, tuvo la suficiente destreza para hacer que los godos le eligiesen rey. Cienó la corona, pero no pudo hacer frente á los borgoñones que pretendían participar de los ricos despojos de la gente goda. También Teodorico, rey de los ostrogodos, declarándose defensor de los justos derechos de su nieto Amalarico, juntó un ejército de ochenta mil combatientes. Entró primeramente por las Galias, desbarató á los francos que habían puesto cerco á Carcasona, y dirigiéndose despues contra Gensaleico, le obligó á huir hasta Barcelona.

El mismo Clodoveo, asustado con

las frecuentes victorias de Teodorico, se apresuró á pedirle la paz, con ofrecimientos de no molestarle, y el desventurado Gensaleico, vencido en Cataluña, procuró escaparse á Francia; mas fué cogido y mandado matar por el ostrogodo. Unos triunfos tan repetidos, no pudieron menos que despertar la ambicion en el ánimo de Teodorico, y el que en un principio, solo se había manifestado protector de los derechos de su nieto, concluyó por juntar en uno los reinos de los visogodos y ostrogodos, y empuñar el cetro de ambos unidos.

Es verdad que Teodorico II nunca estableció su corte en España; pero es innegable que tampoco desatendió los

negocios de un reino tan importante. Encomendó la gobernacion del pais y la tutela de su nieto á Teudis, uno de sus mas hábiles capitanes, y fué tal el grande prestigio que tuvo esta autoridad interina entre los godos, que Teodorico, celoso de su grande ascendiente y valimiento, y medroso de que el que solo era ministro, usurpase algun dia el trono de los visogodos, tuvo á

bien hacer solemne renuncia de la corona de España entregándola á su nieto, «pues era, decia, su legitimo heredero, y ya tenia la edad competente para gobernar.»

Teudis se retiró á la vida privada, y el rey godo de Italia sobrevivió cuatro años á este memorable hecho que ciertamente le acreditó de cuerdo.

I. A. BERMEJO.

HOMBRES CELEBRES.

MEMORIAS

DE ENRIQUE JUNG-STILLING.

CONTINUACION.

Despues de haberse alejado Stilling á toda prisa de la casa del señor de Hochberg, donde habia sido tan desgraciado, se dirigió hacia Waldstøtt. En esta ciudad, de muy corto vecindario, encontró trabajo en casa de un maestro de sastre llamado Isaac, y esta vez se creyó firmemente resuelto á no abandonar jamás esta humilde profesion; pero un honrado negociante llamado Spanier, que de vez en cuando visitaba al maestro Isaac, gustó mucho de la conversacion de Enrique, y adivinando su saber y la elevacion de su gran talento, le rogó con tan vivas instancias que fijase su residencia en su casa, para en ella dar lecciones á sus hijos, que el pobre jóven cedió todavia á esta tentacion, y verdaderamente, á la sazón, no halló motivos para arrepentirse de su debilidad, porque Spanier era un modelo de bondad, y comprendiendo el carácter de Enrique, concibió hacia él todas las afecciones de un verdadero padre. Empleóle á menudo en sus mismos negocios de comercio, y le dejó la libertad de seguir los estudios que mas queria. Este género de vida duró siete años

sin la menor interrupcion; en casa del señor Spanier leyó Stilling por la primera vez de su vida el *Paraíso perdido* de Milton, *Las noches* de Young y *La Mesíada* de Klopstock, cuyos poemas estaban perfectamente de acuerdo con las necesidades de su alma, que habia conservado desde los dolores que habia experimentado en casa del señor Hochberg, marcada predisposicion á una dulce y tierna melancolia. Aplicóse con mucha asiduidad á la filosofia, y leyó entre otros los escritos de Wolf y la Teodisea de Leibnitz.

Sin embargo, los años trascurrían, y Stilling en la realidad, no tenia profesion ninguna. Algunas veces hablaba de sus temores en lo futuro al señor de Spanier, quien se puso á reflexionar con él.

Una tarde despues de comer, el señor de Spanier se paseaba de un estrecho á otro de su habitacion, segun tenia de costumbre hacer cuando meditaba alguna cosa importante; Stilling tenia en la mano un libro en griego.

—Escuchad, preceptor, dijo al fin Spanier; me ocurre una idea acerca de lo que vd. debe hacer. Si, vd. debe estudiar la medicina.

Seria muy dificil espresar lo que Stilling experimentó con semejante propuesta; de tal manera vacilaba, que el señor de Spanier se asustó y le dijo cogiéndole el brazo:

—Pero ¿qué tiene vd.?

—¡Oh! señor de Spanier, si, con efecto, tiene vd. razon; esa es precisamente la profesion á que yo soy destinado.

Stilling vió en un principio á su familia opuesta á este proyecto, cuya ejecucion en realidad no era facil: los estudios de medicina eran largos y costosos. Su tio Juan en particular, se esforzaba en disuadir á Enrique para que no siguiera esta carrera; pero un dia este mismo pariente cambio de pronto de idea, y hé aqui por qué motivo. Este buen hombre tenia muy estrecha amistad con un cura católico, hombre muy hábil y muy buen oculista, quien le escribió que sintiendo su fin cercano, deseaba que pasasen sus libros de medicina al poder de personas inteligentes, y en particular un manuscrito donde habia depositado todos sus experimentos de oculista; que en consideracion de la buena y larga amistad que habia existido entre ellos á pesar de la diferencia de religion, se determinaba á preguntarle, si no encontraria, entre los miembros de la familia de Stilling, alguno que tuviese gusto por la medicina, y que en ese caso él daria su manuscrito, con la única condicion de que aquel que llegara á ser propietario de él, cuñaria gratuitamente á todos los pobres que se presentaran.

Esta proposicion pareció al tio Juan un signo visible de la voluntad de Dios.

Stilling comenzó, pues, á prepararse por medio de trabajos graves á su nueva carrera, y aun antes de haber estudiado en alguna universidad se adquirió una regular clientela como oculista.

En el otoño de 1769, estando en el tercer año de su carrera, fué llamado á Rassenheim para que suministrase los cuidados de su profesion á un niño que se veia próximo á perder la vista. En este pueblo residia un negociante llamado Friedemberg, amigo del señor de Spanier; Stilling experimentó la mas cordial acogida respecto á la familia de este negociante; en vista de tan buen recibimiento, adquirió la costumbre de ir á visitarla todos los dias,

y á pesar de su pobreza, la hija de Friedemberg no tuvo inconveniente en corresponder á Stilling en el amor puro y honesto que le habia declarado; pero Cristina (este era el nombre de la jóven) no esperaba dote, y Stilling no se hallaba en disposicion de ser cabeza de familia, antes de haber finalizado su carrera de medicina. El pensamiento, que el destino de otra persona dependia desde entonces del éxito de su trabajo, le dió fuerzas y una perseverancia, de la que nunca antes se habia creído capaz.

Un jóven cirujano de Sehanenthal, llamado Troost, debia ir á pasar el invierno á Strasburgo, á fin de perfeccionarse en su profesion; presentaronle á Stilling, y desde los primeros instantes simpatizaron mutuamente, y decidieron que harian juntos el viaje á Strasburgo.

Despidióse derramando abundantes lágrimas, y con el corazon traspasado de pena, de su novia, del señor de Friedemberg y de su querido y bienhechor el señor de Spanier. Los pormenores que él mismo refiere acerca de los momentos que precedieron á la partida, son estremadamente curiosos y sentimentales, y prueban todo el candor y toda la honradez de su alma.

Al dejar Stilling á Waldstøtt y Rassenheim, consistia su caudal en unos cuarenta escudos: el cirujano Troost le habia obligado á detenerse algun tiempo en Francfort, de suerte que al fin de su residencia en esta poblacion, ya Stilling no poseia mas que un solo escudo, y no se determinó á hablarle de ello á su amigo Troost, á pesar de la grande inquietud que le devoraba. En el Rømenberg, encontró al señor de Liebmann, negociante de Schønenenthal, quien en mas de una ocasion le habia atestiguado su amistad: este caballero le convidó á cenar, y durante este tiempo le dijo:

—Pero mi querido Enrique, ¿dónde ha encontrado vd. el dinero necesario para pasar á estudiar á Strasburgo?

Enrique, cuyas desgracias le habian conducido á una religiosa confianza casi absoluta, y semejante hasta cierto

punto á la fé en el fanatismo, respondió sonriendo:

—Yo tengo en el cielo un padre que es muy rico, y que me proporciona todo cuanto necesito.

El señor de Liebmann le miró un poco sorprendido, y añadió:

—Sin embargo, ¿qué dinero tiene vd?

—Un escudo.

—¿Nada mas? ¿Es ese el caudal que vd. posee?

—Sí señor.

—Pues entonces, yo soy uno de los banqueros de su padre de vd., y debo abrir mi bolsa.

Acto continuo sacó dinero, contó treinta y tres escudos, y los entregó á Enrique diciendo:

—Si algun dia puede vd. devolverme este dinero, me alegraré, y sino mejor todavía.

Stilling sintió que sus ojos se llenaron de lagrimas; dió las mas espresivas gracias al señor de Liebmann, con las afecciones mas puras de su corazón, y algunos dias despues, llegó con Troost á Strasburgo.

Los dos estudiantes de medicina tomaron una habitacion en casa de un rico comerciante que tenia un hermano en Schöenthal, y encontraron allí un pupilaje honroso y cómodo. El primer dia pasaron muy temprano á ocupar su puesto en la mesa, á fin de darse á conocer á los huéspedes á medida que iban entrando: vieron allí un hombre que llamó especialmente su atencion; era de hermosa estatura, de ojos grandes y penetrantes, de frente elevada y diáfana, de andar grave y de aspecto decidido. Troost dijo á su camarada:

—Este debe ser algun hombre notable.

—Sí, respondió Stilling; pero creo que nos dará algun pesar.

Las maneras independientes y resueltas de aquel estudiante le hacian pensar así, pero se equivocaba mucho. Supieron luego que se llamaba Goethe: en la misma mesa se hallaba Salzmann, Goethe y él eran íntimos amigos, pero el favorito de Goethe era Leose, buen teólogo, hombre de gran talento y de

una imaginacion llena de nobleza; tenia entre otras cualidades la de dar un aire frio y grave á la sátira del vicio, hasta en presencia de los viciosos.

Troost dijo en voz baja á Stilling:

—Andaremos acertados si guardamos silencio lo menos por espacio de quince dias.

Enrique conoció que su amigo tenia razon. Calláronse, pues, como lo habian prometido, y nadie fijó su particular atencion en ellos, escepto Goethe que dirigia de vez en cuando sus miradas al estremo de la mesa, donde tenian la costumbre de situarse; el don de la palabra le poseia Stilling naturalmente sin que él se esforzase para sobresalir; pero Troost, conociendo mejor el mundo que su compañero, le daba útiles lecciones sin que por eso procurase disgustarle.

Stilling se habia entregado enteramente á sus estudios y vivia en su elemento; siguió sus cursos de anatomia, de fisica y de cirujia; devoraba, por decirlo así, cuanto oia, pero jamás durante las conferencias hizo el menor apunte; todo lo transformaba en nociones generales, por cuyo medio lograba que todo quedase perfectamente grabado en su memoria. ¡Dichoso el hombre que sabe hacer uso de este método! Pero esto no es concedido á todos. Sus profesores le observaban al instante y se unian á él, sobre todo porque mostraba siempre gravedad y modestia.

Pero sus treinta y tres escudos iban desapareciendo; otra vez no le habia vuelto á quedar mas que uno y en este tiempo de angustia, Troost le dijo un dia:

—Me parece que no has traído dinero; yo te prestaré el que quieras hasta que recibas socorros de tu casa.

Aun cuando Enrique no esperaba ningun socorro de su casa, aceptó la espontánea oferta de su amigo, quien le prestó seis monedas de oro.

Stilling se sentó un dia á la mesa llevando una peluca muy extraña y que ya no estaba de moda, pero que él acababa de estrenar. Ninguno de los concurrentes se apercebíó de ello, escepto un tal Waldberg de Vienne,

quien sabiendo que Stilling era muy religioso, le preguntó irónicamente, si Adán había tenido en el paraíso una peluca como la suya; todos dieron estrepitosas carcajadas menos Salzmann, Gœthe y Troost. La cólera encendió la sangre de Enrique, que replicó al momento:

—Debiera vd. avergonzarse, caballero, del insulto que me hace. Una chanza tan trivial no merece que nadie se ría de ella.

Y Gœthe añadió:

—Antes de mofarse de alguna persona, se debería tener en cuenta si el individuo á quien va dirigida la burla la merece; es muy feo reírse de un hombre de bien que no ofende á nadie.

Desde este momento, Gœthe tomó á Stilling bajo su protección, y le concedió su amistad, buscando todas las ocasiones de serle útil en cuanto le ocupaba.

Su modo de vivir llamó la atención en la universidad, y le grangeó la estimación general: aplicóse á estudiar muy profundamente todos los ramos del arte de la medicina: la anatomía fué el objeto principal de todas sus sábias investigaciones, y durante todo el invierno, visitó los hospitales con uno de los principales profesores de mas nota en este ramo del saber humano. Sin embargo, la filosofía era de todas las ciencias la que tenia mas atractivos para él, y á fin de ejercitarse mas en ella, al mismo tiempo que paraba habituarse á hablar en publico, dió por las tardes de cinco á seis, un curso gratuito de filosofía que le atrajo una multitud de oyentes, y le valió aumentar el número de sus amigos.

Tambien se ocupó de las bellas letras bajo la dirección de Gœthe.

En este mismo invierno, Herder llegó á Strasburgo; Stilling se relacionó con él por la intervención de Gœthe y de Troost; jamás había encontrado Enrique un hombre que mas escitara su admiración. «Herder no tiene mas que un pensamiento; pero este pensamiento es todo un mundo.» Este filósofo dió á Stilling un bosquejo de todas las cosas en un solo cuadro: si nunca un talento ha recibido de otro

talento un impulso que le haya impreso un movimiento eterno, Stilling le ha recibido de Herder; mejor simpatizaba con este ilustre génio que con Gœthe, á causa de su perfecta sencillez.

Troost partió por la primavera, con gran sentimiento de Enrique, quien le rogó pasase á visitar en su nombre á sus amigos y conocidos de Rasenheim.

Diez dias antes de la pascua de Pentecostés, fué Stilling al teatro, donde se representaba *Romeo y Julieta*. Durante la representacion se apoderó de él un profundo sentimiento de tristeza que él mismo no podia explicar. Todas las cartas que recibia no contenian mas que buenas nuevas. Poco tiempo despues, esto es, un dia de vacaciones, hallándose solo en su cuarto, á eso de las nueve de la mañana, experimentó de pronto un movimiento de espanto; el corazon le latia con estremada violencia; se levantó y se puso á dar paseos del uno al otro extremo de la habitación, y sintió un vehementísimo deseo de partir para Rasenheim. Lleno de agitación y sobresalto, empezó á considerar el mal resultado que este viaje proporcionaria á sus cortos intereses y á sus estudios; hizo todo lo posible para lanzar de su mente una idea tan estravagante y se puso á trabajar; pero todo era inútil, su inquietud se acrecentaba; cierto presentimiento interior le aconsejaba incesantemente que emprendiera el viaje. Vanamente se esfuerza en representarse lo que pensarian las gentes acerca de este viaje de ochenta leguas para encontrar tal vez en su casa todo en el mejor estado..... Es preciso partir, le dice su corazon. Pónese de rodillas é implora la misericordia divina, y últimamente dice lleno de entera resignación.

—Señor, hágase tu voluntad.

En este momento entró un criado que le entregó una carta del señor de Friedemberg.

Esta carta le anunciaba que su novia estaba enferma, y de bastante gravedad.... en una palabra, á las puertas de la muerte, y por lo tanto deseaba verle, acaso por la última vez. La car-

ta traía señales de las lágrimas que el padre había derramado en abundancia al escribirla. Enrique con semejante lectura, no lloró, ni suspiró; parecía que estaba inanimado. Por último, volvió en sí al instante y corrió, con el corazón despedazado de dolor, al cuarto de su amigo Goethe, y exclamó al tiempo de entrar:

—Toma, lee; yo soy perdido.

Goethe leyó con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Pobre Stilling, le dijo.

Le lleva á su habitación y le arregla su equipage, mientras que otro amigo ajusta un barco que á las doce de aquel día tenía que partir para Maguncia.

Apenas Stilling dejó la orilla se sintió un poco mas tranquilizado y tuvo el presentimiento de encontrar á Cristina viva y aun de verla mas adelante completamente restablecida. En Ma-

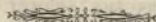
guncia, se ajustó con dos barqueros que debían conducirlo á Bigen; pero al acercarse la noche, conoció Enrique que aquellos hombres abrigaban muy malos intentos; levantóse una borrasca y se negaron á saltar en tierra, y su perdición era ya completamente cierta. Sin embargo, en medio de la oscuridad apercibió un mástil y pidió socorro; sus dos barqueros procuran huir, pero en vano; porque el otro barco los coge y reconoce en ellos á los autores de un crimen reciente, y Stilling se salva.

Sin ningún otro accidente, llegó á Colonia, en compañía de un embajador portador de una misiva secreta é importante, cuyo corazón supo Enrique conquistar.

Desde este lugar emprendió á pie su marcha con dirección á Rasenheim.

(Se continuará.)

ESTUDIOS RECREATIVOS.



JUANA DE ARC.



II.

Durante los terribles sucesos que desolaban á la Francia, el rey Carlos permanecía en Chinon en la mayor indolencia, creyendo completamente inútiles todos sus esfuerzos para atajar el torrente devastador que ponía á sus dominios en el mayor conflicto. Sin embargo, en una de las principales habitaciones de la residencia que Carlos había escogido en Chinon, se hallaban el conde Dunois, bastardo de Orleans, y Duchatel, capitán del ejército del rey.

—No, dijo el primero acercándose al segundo; no puedo soportarlo por mas tiempo. Estoy enteramente re-

suelto á separarme de este rey que deja que impunemente avasallen su gloria. Mi corazón late en mi pecho con violencia, y derramó lágrimas de indignación al ver á esos foragidos que con la espada en la mano se abren paso por todos los contornos de Francia; al ver que las principales ciudades de la monarquía presentan al enemigo sus llaves, en tanto que nosotros en medio de la mas reprensible ociosidad, perdemos un tiempo precioso que podría salvarnos noblemente. Escuchadme, capitán, yo supe que Orleans estaba amenazada, y vuelo desde el seno de la Normandía, creyendo encontrar al rey preparado á la guerra y puesto á la cabeza de su ejército; pero le hallo ¡voto á los diablos! rodeado de juglares y trovadores, como si reinase en el país la paz mas profunda. El condestable se va porque no puede presenciar por mas tiempo este

triste espectáculo: yo le dejo tambien y le abandono á su desgraciada suerte.

El conde iba á proseguir hablando, pero le interrumpió Duchatel diciéndole en voz baja:

—Silencio, conde, el rey se acerca.

Con efecto, el rey se aproximó á los referidos personajes, quienes le hicieron un mudo y rendido acatamiento, y Carlos entonces rompió el silencio con las siguientes palabras:

—Señores, el condestable nos envia su espada y renuncia á servirnos. Dios nos favorezca; pero ya estamos libres de ese hombre que imperiosamente pretendia dominarnos.

—Un hombre, interrumpió Dunois, es un bien precioso en estos tiempos de desastres, y no me resignaré tan fácilmente á perderle.

—Vos hablais así, respondió el rey, por el gusto que teneis en llevarme siempre la contraria. Mientras que él ha estado aquí, ninguno de vosotros ha sido amigo suyo.

—Es un ser orgulloso, repuso el conde; nunca ha podido tomar una enérgica resolucion, mas hoy la ha tomado.

—Os hallo de muy buen humor, dijo el rey con ironia; no quiero turbárosle. Precisamente tengo en mi real residencia muy hábiles cantores y muy famosos; es necesario, pues, regalarles alguna cadena de oro. ¿De qué os reís? preguntó seguidamente á Dunois.

—Me río al oír con la candidez que vuestros labios pronuncian esa cadena de oro.

—Señor, interrumpió Duchatel, ya no hay dinero en las arcas del tesoro.

—Pues bien, que se busque, dijo Carlos; los cantores no pueden salir de mi córte sin recibir una muestra de distincion; ellos adornan con flores un cetro desecado, y entrelazan en la estéril corona los verdes é inmortales ramos de la vida.

—Mi noble señor, dijo Duchatel; mientras ha habido dinero he dado cuanto me habeis pedido; mas hoy no teneis, ni aun con que alimentaros mañana: el manantial de vuestras riquezas está agotado; vuestros cofres no contienen nada.... Las tropas no han

recibido su haber; murmuran y amenazan desertarse ó pasarse alenemigo; apenas encuentro medios de subvenir á las necesidades de vuestra casa real, y sin embargo no está sostenida segun vuestro rango.

—Empeñad los impuestos reales, ó pedid un empréstito á los lombardos.

—Señor, contestó Duchatel, vuestras rentas reales y los impuestos estan ya empeñados por tres años.

—Y la mayor parte de las tierras empeñadas, interrumpió el conde, estan perdidas.

—Aun nos quedan muchas y ricas provincias, prosiguió el rey.

—Ciertamente, repuso el conde, mientras que agrade a la voluntad de Dios y á la espada de Talbot. Si Orleans ha sido tomada, bien podeis ir á guardar carneros con vuestro rey René.

—Vos, dijo Carlos, siempre estais egercitando la mofa con el rey René, y sin embargo, este principe despojando es el que me ha enviado hoy un real presente.

—¡En nombre del cielo! exclamó el conde; no es su corona de Nápoles, porque segun me han informado, está muy barata desde que guarda los carneros.

—Es una distraccion, respondió Carlos, un dulce recreo que concede á su corazon, creándose de esta manera, en medio de la ruda y bárbara realidad, un mundo inocente y puro. Pero lo que hay de grande, de real en su pensamiento, es la intencion que tiene de hacer que se reproduzcan los antiguos tiempos, donde reinaban los tiernos sentimientos, donde el amor elevaba el corazon generoso y heroico de los caballeros, donde nobles damas componian un tribunal y pronunciaban sus amorosos fallos. Este venerable anciano, vive todavia en estos tiempos, y tales como nos los representan las antiguas canciones, quiere establecerlos como una ciudad celeste sobre nubes de oro encima de la tierra. Ha establecido una córte de amor, donde los nobles caballeros deben comparecer, donde las castas damas deben reinar, donde los sentimientos puros deben

renacer, y me ha elegido príncipe de amor.

—No soy hombre, contestó Dunois, capaz de negar el poder del amor. Por él tengo mi nombre, soy su hijo, y mis derechos descansan sobre su imperio. El duque de Orleans fué mi padre; ningún corazón de muger fué invencible para él, pero las fortalezas enemigas no podían resistirla. ¿Queréis merecer el nombre de príncipe de amor? sed el mas valiente de los valientes; el amor estaba siempre ligado á las acciones caballerescas, y me han enseñado que eran héroes y no pastores los que se sentaban en la mesa redonda. El que no puede defender con valor la hermosura, no es digno de sus preciosas recompensas. He aquí el campo de batalla, combatid por la corona de vuestros padres, defended con la espada de los caballeros vuestros dominios y el honor de las mugeres nobles. Cuando hayais conquistado en medio de arroyos de sangre enemiga el cetro hereditario, entonces será tiempo de adornar vuestra real cabeza con las flores del amor.

En este momento entró un page, y el rey le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Varios magistrados de Orleans, dijo el page, solicitan de vos una audiencia.

—Que pasen, dijo el rey.

El page se ausentó y Carlos prosiguió diciendo lo siguiente:

—Vendrán sin duda, á pedirme socorros; pero ¿qué puedo hacer por ellos, cuando yo mismo carezco de los auxilios necesarios?

Aun no había acabado de pronunciar estas cortas frases, cuando se presentaron tres magistrados que hicieron á Carlos la mas cumplida y respetuosa reverencia. El rey mandó que se adelantarán y añadió:

—Bien venidos seáis, mis fieles ciudadanos de Orleans. ¿Cómo se encuentra mi buena ciudad? ¿Continúa resistiendo con su valor acostumbrado al enemigo que la asedia?

Uno de los magistrados tomó la palabra y respondió:

—¡Ay! señor! se encuentra en la

mas grande desolacion, y por momentos la destruccion la amenaza mas de cerca. Las fortalezas esterioreas están ya destruidas: á cada ataque el enemigo gana terreno; los muros no tienen ya defensores, y los soldados restantes combaten sin cesar.... pero sucumben. El hambre aflige tambien á la ciudad; en semejante conflicto, el noble conde de Rochepierre, ha hecho, segun su antigua costumbre, un tratado con el enemigo, por el cual se compromete á entregar la ciudad dentro de doce dias, si en este término no se presenta en campaña un fuerte ejército para libertarla.

Dunois, escuchaba esto lleno de indignacion y no podia disimular su cólera.

—El plazo es breve, murmuró Carlos.

—Ahora, prosiguió el magistrado, llegamos aquí con un salvo-conduto de los enemigos, para suplicar á vuestro real corazón se conduela de nuestra ciudad, y le envíe socorros antes que espire el plazo señalado, pues de lo contrario, dentro de doce dias se hallará en poder de los enemigos.

—¿Y Xaintrailles, exclamó el conde encolerizado, ha podido consentir este vergonzoso tratado?

—No, monseñor, respondió el magistrado; mientras que ese valiente soldado viviese, la ciudad no podia ni entrar en tratos ni rendirse.

—¿Cómo! exclamó el conde, ¿ha muerto?

—Este noble campeon ha sucumbido delante de nuestros muros defendiendo la causa de su rey.

—¡Xaintrailles muerto! exclamó tambien Carlos. ¡Oh! ¡Con la pérdida de ese hombre pierdo todo mi ejército.

En este instante entró un caballero, que aproximándose á Dunois le dijo algunas palabras al oído; y aunque nadie las oyó, el conde sin embargo no pudo disimular su asombro y su turbacion, y por eso prorumpió en las siguientes palabras:

—¡Gran Dios! ¡Esto nos faltaba!

—¿Qué nueva desgracia acontece? preguntó el rey.

—Un mensaje del conde Duglas, anunciando que las tropas escocesas se han revolucionado, y amenazan retirarse si hoy mismo no reciben el resto de lo que se las debe.

—Señor, dijo Duchatel, no tengo medios para remediar ese mal.

—Empeñad aunque sea la mitad de mi reino.

—Es inútil, respondió Duchatel. Han sido engañados frecuentemente con mentirosas esperanzas.

—Es la mejor tropa de mi ejército, y creo que no me abandonará.

El magistrado se echó á los pies del rey y dijo:

—Señor..... socorrednos..... pensad en la terrible desolacion en que nos encontramos.

—¿Puedo yo por ventura, exclamó el rey desesperado, hacer que aparezca un ejército brotado de la tierra dando solamente una patada en el suelo? ¿Puedo yo hacer que nazcan nuevas espigas á mi sola voz? ¡Hacedme pedazos, arrancadme el corazon y convertidle en monedas de oro... ¡Vuestra es mi sangre, pero no tengo dinero ni soldados que poderos dar!

A este tiempo volvió la cabeza y vió que entraba Inés Sorel su favorita y futura, y corrió hácia ella con los brazos tendidos.

—¡Oh, ángel mio! llegas para arrancarme la desesperacion que destroza mi alma. ¡Tú eres mia! tu corazon es mi refugio..... Nada se ha perdido si aun eres mia.

—Mi querido señor, contestó Inés echando en su derredor una mirada inquieta.... Dunois.....¿es verdad? Duchatel.....

—Desgraciadamente, respondió Duchatel.

—¿Tan grande es el peligro? volvió á preguntar. ¿No se puede pagar á las tropas? ¿Quieren estas retirarse?

—Por desgracia, continuó Duchatel, es cierto cuanto decís.

Inés entonces presentó un cofrecito y prosiguió:

—Aquí hay oro y alhajas: empeñad, vended mis castillos; pedid un empréstito sobre mis tierras de Provenza: haced todo lo posible para adquirir

dinero y pagar á los soldados: id, no perdais tiempo.

—Ya lo veis, dijo el rey con orgullo; ya lo veis, Dunois, vos tambien Duchatel: ¿soy pobre á vuestros ojos, cuando poseo la perla de todas las mugeres? Su nacimiento es tan noble como el mio; la sangre real de los Valois no es mas pura que la suya, y el primer trono del universo será embellecido por ella. Pero le desdeña; solo quiere ser mi amada, único título á que aspira. Jamás ha recibido de mí otro presente que alguna flor prematura del invierno ó algun fruto raro. No quiere aceptar ningun sacrificio mio, y ella los hace todos. Arriesga generosamente sus riquezas y sus bienes por salvar mi fortuna que ha caido en espantosa decadencia.

—Si, respondió Dunois, es tan temeraria como vos; arroja nuevos combustibles á la casa amenazada de incendio; no os salvará y se perderá con vos.

—No le creáis, contestó Inés, diez veces ha arriesgado su vida por vos, y ahora me reconviene por que espongo mi fortuna. ¡Cómo! ¿no os ha sacrificado gustosamente lo que es mas precioso que el oro y las perlas? ¿y debo yo guardar lo que poseo? Si, prosiguió dirigiéndose á Dunois, lancemos lejos de nosotros los adornos supérfluos de la vida; déjame dar un noble ejemplo de resignacion. Recluta soldados, cambia tu oro por el hierro, sacrifica sin titubear todo cuanto posees, para conquistar la corona de tu señor. Venid, Carlos, dijo despues al rey; nosotros dividiremos la fortuna y los peligros. Dejadme subir en un caballo y esponer mi delicada tez á los rayos ardientes del sol. Las nubes serán nuestro techo, y el robusto soldado soportará con paciencia sus males cuando mire á su rey tan espuesto como el último de sus súbditos á las fatigas y á las privaciones.

—Ya miro cumplidas, interrumpió Carlos con regocijo, las predicciones que una religiosa de Clermont me dirigió un dia con espíritu profético. Una muger, me dijo esta religiosa, debia darme la victoria sobre mis enemigos

y hacerme conquistar la corona de mis padres. He buscado á esta muger en el campo enemigo. He pensado dulcificar el corazón de una madre, mas hé aquí la heroína que debe conducirme á Reims, pues veo que solo por el amor que profeso á Inés, saldré vencedor en todas partes.

—No, exclamó Inés, obtendréis la victoria, pero solo por la espada de vuestros valerosos amigos.

—También cuento, dijo el rey, que me ayude la discordia de mis enemigos. Ha llegado á mi noticia que mi primo de Borgoña y los orgullosos señores de Inglaterra no se hallan tan uni-

dos como en otro tiempo. He enviado á La Hire cerca del duque, con el intento de ver si podia lograr volver á este vasallo irritado á su antigua fé y á su deber, y por momentos estoy esperando la vuelta de mi mensajero.

Duchatel que á la sazón se hallaba cerca de una ventana, miró hácia fuera y exclamó de pronto:

—Señor precisamente en este momento entra en la corte.

—Bien venido sea, contestó el rey con semblante risueño; pronto vamos á saber si debemos ceder ó combatir.

(Se continuará.)

LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

IX.

LOS NEGROS.

Cuando acabaron de almorzar, don Casimiro anunció á sus hijos con sentimiento, que sus muchas ocupaciones de aquel día iban á impedirle por fuerza consagrarse esclusivamente á ellos; por lo cual Ramon y Carolina se apesadumbraron hasta cierto punto, pero tuvieron que conformarse. El primero cogió los libros del colegio y se puso á estudiar y despues á escribir, y la segunda hizo labor al lado de su mamá, despues de haber dado un repaso á su compendio de geografia, con cuya tarea distribuyeron el día, reinando en aquel apacible albergue la mas envidiable tranquilidad. Poco antes que llegara la hora de comer, los niños cesaron en sus trabajos y se pusieron á jugar á las damas.

El día habia sido bastante caluroso,

y la noche con su hermosa luna convidaba á la honrada familia á dar un paseo por la campiña. Don Casimiro se cogió del brazo de su amada esposa, y los hermanos imitaron á sus padres, y salieron á visitar aquellas cercanías; de trecho en trecho iban viendo las parvas de trigo y cebada que aparecian tendidas por aquella deliciosa campiña, y á los pastores que dulcificaban las faenas del pasado día, colocados en derredor de una gran fuente y saboreando con delicia el gazpacho, para ellos el manjar mas exquisito del mundo y que tan bien sazonan en todos los contornos de Andaluca.

Despues de hora y media de paseo volvió la familia á su quinta, y antes que se retirase á dormir cada cual á su departamento, decidió don Casimiro que al otro día por la mañana muy temprano se repitiese la leccion de los baños. De esto se holgaron mucho Ramon y su hermana, máxime cuando sabian que su buen papá era tan ama-

ble para este género de lecciones, y pasaron á su dormitorio deseosos de la venida del siguiente día, y preciso es confesar que esta vez fueron tan madrugadores como el día anterior.

Verificóse la oferta, y mientras los niños se bañaban y su padre se desnudaba, entró en el huerto un criado de la casa que entregó á don Casimiro un pliego cerrado.

—¿Quién le ha traído? preguntó.

—Un pastor de estas cercanías.

El criado se fué; don Casimiro abrió el pliego, y luego que estuvo un rato leyendo en silencio, se advirtió en sus lábios una ligera sonrisa y llamó la atención de sus hijos con las siguientes palabras.

—Amigos míos, el caballero don Raimundo ha cumplido su palabra; ofreció al ausentarse remitirnos algunos de los apuntes que tiene hechos relativos á sus viajes, y envía uno con la siguiente carta. Escuchad lo que me dice.

«Sr. don Casimiro, etc. Muy señor mío y de todo mi aprecio; no bien hubo llegado á mi casa, cuando al punto me ocupé en buscar alguna cosa que sirviera de instruccion y deleite á sus amables hijos; entre otros apuntes he hallado las adjuntas reflexiones que hice en cierta época con intento de darlas á la prensa cierto día. Yo se las envío á vd., reservándome otras noticias mas curiosas para mejor ocasion. Póngame vd. á los pies de su señora, y diga vd. muchas cosas á los niños de mi parte, y vd. cuente con el agradecimiento y la verdadera amistad de su fino, etc.»

A semejante lectura, los jóvenes comenzaron á impacientarse, y dijeron á su papá que ya hacia mucho tiempo que estaban en el agua, y que era necesario salir del baño. Sin embargo, don Casimiro entró en el estanque; mas pronto tuvo que salir por la impaciencia de sus hijos, los que despues que se desayunaron, pasaron solícitos y gozosos al tocador de su mamá, donde en la misma forma que los días anteriores don Casimiro dió principio á la lectura del manuscrito de la siguiente manera:

TOMO II.

«Entre los hechos generales que predominan en la historia moderna de la humanidad, no existe ninguno mas extraordinario ni que mas conmueva nuestros sentimientos que la suerte cruel, á la cual una raza entera de hombres, la raza negra, se encuentra sacrificada, por la desordenada avaricia de otra raza, la blanca, desde fines del siglo XVI hasta nuestros días. Esta odiosa violacion de los derechos humanos, cometida en todas partes sin disimulo alguno como una accion sencilla, razonable y natural, con desprecio del Evangelio, á quien se le atribuye la gloria de haber abolido la antigua esclavitud; esta institucion propia de la primitiva barbarie, tomando y conservando una posicion respetada en el seno de la civilizacion mas adelantada, y por último, la legitimidad de la esclavitud profesada en el siglo XIX, son ciertamente cosas que escitan nuestra mas grande admiración.

Sin embargo, apresurémonos á decir, que desde algunos años á esta parte, se ha manifestado una formidable reaccion en favor de la raza negra, y hoy todos los corazones generosos del continente europeo, indignados contra esta cruel opresion, que no es otra cosa que un vergonzoso anacronismo, han provocado y obtenido leyes acerca de la abolicion de la esclavitud; leyes que en la actualidad podemos contemplarlas en el carril de la ejecucion.

Sin duda ninguna la historia de esta raza oprimida ofreceria páginas de mucho interés; pero ya que no podamos estendernos mucho, daremos, sin embargo, un reducido analisis de la deplorable condicion de los negros desde su origen en las riberas del Africa, hasta el instante en que mueren esclavos lejos de su tierra natal.

Este analisis, no carece de enseñanza, y puede ser que tambien ayude á aproximar el instante en que debe desaparecer para siempre este infame tráfico.

Si se procura indagar cómo se formó y desarrolló el primer pensamiento de la servidumbre de los negros, hallaremos su origen en la simultaneidad de los dos grandes acontecimientos.

20

siglo XVI: la conquista de los españoles en el mundo americano, y los progresos de los portugueses en las costas occidentales del Africa. Los europeos comprendieron bien pronto que el poder vegetal del suelo de América, era

un manantial de riquezas todavía mas fecundo que las minas que encerraba su seno, y que las especias que anualmente se recolectaban, prestarían mas utilidad que el oro que no se reproducía. Pero faltaban los brazos para es-



traer de la tierra por medio del cultivo los tesoros que contenía en sus entrañas: una guerra de exterminio había hecho desaparecer las poblaciones indígenas, y los europeos no podían soportar bajo aquel cielo dañino las fatigas de la agricultura; era necesario en su consecuencia buscar trabajado-

res, que nacidos bajo la influencia de la ardiente zona, pudieran resistir los rigores del clima americano; tales debían ser los habitantes del Africa central, que las victorias de los portugueses comenzaban á hacer conocer y á propagar por todo el continente europeo. Las naciones blancas de Europa

decidieron, en su consecuencia, que las tribus negras del Africa fuesen reducidas á la esclavitud, y trasportadas á América para reemplazar allí á los pobladores que el hierro y el fuego habían sacrificado, y para cultivar la tierra.

No solamente los negros parecían á propósito al nuevo uso á que se les quería destinar, sino que parecían además por su condicion interior, físico y moral, que debían hacer fácil el cumplimiento de los proyectos formados respecto á ellos. Religion, gobierno, estado social, vida doméstica, todo tenia en ellos el sello del mas alto grado de salvajismo, y de la ignorancia mas grosera. Un animal, un pájaro, una planta, una piedra, el agua, el viento, el sol, la luna, todo lo que producía una fuerte impresion sobre los sentidos de un negro y que heria su imaginacion, llegaba á ser para él un objeto de afecion ó de terror supersticioso, una divinidad á la que se ofrecían sacrificios humanos. Todas las formas de poderes públicos que regian las sociedades, se encontraban entre los negros; pero todos aquellos poderes, ya fuesen monárquicos, aristocráticos ó democráticos, se ejercían con la exageracion mas ilimitada; tal rey poseía en justa propiedad todos los recién nacidos del reino; otro gozaba del monopolio esclusivo de los casamientos; esotro en fin, media á su antojo el tiempo durante el cual se permitia á sus súbditos divertirse. Los privilegios de las castas no eran menos exorbitantes: aqui solo los nobles podían matar á ciertos animales y comer ciertos manjares, y allí las clases inferiores eran reconocidas absolutamente incapaces de poseer tierras.

No se veía ya ningun vestigio de moderacion y moralidad en las familias ó en las ciudades, ó mejor dicho, las familias no existían. Por todas partes la autoridad del marido y del padre castigaban con todo el rigor de un despotismo puro, y en algunas comarcas, como entre los antiguos espartanos, los niños débiles ó defectuosos eran despiadadamente conde-

nados á muerte. Los europeos que tenían la fuerza y la destreza, debían sacar partido con el éxito mas completo, de una sociedad compuesta de semejantes elementos, y regida por pasiones violentas y brutales. Llegaron á las costas del Africa con los productos de las artes europeas, que hacían brillar á los ojos de los negros, ofreciéndolos en cambio de un hombre ó de una muger. Deseosos de cosas nuevas, é impetuosos en sus deseos como todos los salvages, se esforzaron al instante y emplearon toda su industria para adquirir el objeto pedido por los blancos, á fin de obtener el premio que tanto les habia deslumbrado. Bien pronto bajo esta nueva influencia el litoral del Africa presentó un espectáculo mas doloroso todavía que el que presentaba en su barbarie indígena. Todos los pueblos se declararon la guerra para hacer prisioneros: la confiscacion de la persona del culpable, vino á ser la pena uniforme instituida por los soberanos contra todo género de delitos, por leves que fueran, y algunas veces, cuando las demandas eran urgentes, aumentaban los resultados de estos medios, reputados legales, para la esacion en masa de los habitantes de una aldea ó de una ciudad. A imitacion de los reyes que diezmaban á sus súbditos, las clases nobles cometían estos escesos en las clases inferiores; los individuos se tendían lazos reciprocamente; los vecinos, los amigos, procuraban sorprenderse los unos á los otros, y por espacio de mas de dos siglos, los negros del Africa, no tuvieron mas que una pasion, un interes, una ocupacion; el cambio de sus semejantes por los objetos de las fábricas y de las manufacturas de Europa. En este estado de cosas, su barbarie primitiva no pudo desaparecer, tanto mas, cuanto que los europeos que favorecían esta espantosa anarquia para provecho de sus especulaciones, cifraban todo su arte y sagacidad para sumergirlos cada vez mas en el embrutecimiento y la depravacion.

A fines del siglo XVIII, algunos misioneros filantrópicos, quisieron repa-

rar en parte los males causados á la raza negra por sus hermanos en color, y se esforzaron por introducir en el Africa idólatra, el mas poderoso agente de la civilizaci6n; esto es, el cristianismo; pero los blancos traficantes de esclavos sublevaron á las tribus negras contra los sacerdotes: moralizar el Africa hubiera sido en efecto destruir la esclavitud para el porvenir.



Los productos de aquellas guerras entre pueblos, eran los latrocinios ejercidos por los soberanos y las clases privilegiadas, y los ardides, traiciones y violencias que se cometian entre conciudadanos; por fin, los provechos de aquellos crímenes públicos y privados, se arrojaban en las naves, que

sin ningun género de preocupacion, flotaban los pabellones de todas las naciones de Europa. Los negreros, que así se calificaba dicha profesion, daban á sus semejantes en cambio de artículos mercantes del mas infimo valor, y para aumentar mas su ganancia, los mismos traficantes de negros se hacian piratas y apresaban á todos los negros que veian en las costas; luego que la nave tenia hecho su completo cargamento, dirigia su rumbo hacia el continente ó hacia las islas de América. El interior de estos bageles negreros, eran un teatro de miserias y dolores, mas horrorosos aun, que los que contenian los pontones ingleses de tan terrible recordacion. El aire, el espacio, el alimento, se distribuia allí á los negros con la inflexible dureza y la inflexible parsimonia de la avaricia, y mientras que sus cuerpos encadenados sufrían toda especie de tormentos materiales, los recuerdos de la patria que dejaban para siempre y las sombrías imágenes de una esclavitud sin fin, sobre una tierra desconocida, despedazaban sus corazones; de suerte que la enfermedad entre los mas débiles y el suicidio entre los mas enérgicos, causaban innumerables víctimas, y la embarcacion á pesar de su escésiva ligereza para caminar, cuando llegaba á la ribera, solo llevaba una pequeña parte de los que habia recibido. Sin embargo, por la promesa de que algun dia obtendrian la libertad, se resignaban algunos negros á la suerte que les esperaba bajo la dominacion de los colonos.

Apenas los negros arribaban, cuando al punto eran conducidos al mercado y puestos á la espectacion pública, en un estado de completa desnudez, á fin de que no se ocultase ningun defecto corporal; despues de examinados con vergonzosa minuciosidad, se ponía precio al africano, y era vendido al que mas ofrecia.

Dejaban luego al nuevo esclavo en una especie de reposo, durante el cual se le iba poco á poco aclimatando y se esforzaban por conocer su carácter y su aptitud especial para este ó aquel género de faena. Los negros sufrían

todos los trabajos que ejecutan en nuestro pais los presidiarios, los labradores, las bestias de carga y de tiro: el dueño era siempre muy poderoso, y el esclavo no tenia defensa ninguna, y puede fácilmente calcularse los crueles abusos que podia resultar de semejante conflicto.

Se inventaron castigos de distinta naturaleza, siendo uno de los mas odiosos el de la aplicacion de cierto número de latigazos que la victima recibia puesta de pie en un pilar, ó tendida boca bajo y atada con cordeles por los pies y las manos. La disciplina consistia en unos pedazos de correas escésivamente largos y terminados en unos alambritos muy agudos; cada golpe aplicado por una mano egercitada, despedazaba la piel y hacia brotar la sangre, y sin embargo, el paciente, habia ocasion en que tenia que sufrir hasta ciento. Esta arma temible se confiaba á negros de preferencia, que bajo el nombre de comandantes ejercian las funciones de sus amos. Los delitos leves tenían sus penas correspondientes, como la del roten, el martinete, ó bien la palmeta; este instrumento tan maldicido por los escolares del tiempo de nuestros abuelos, pero que sin embargo se encuentra todavia en algunas de nuestras escuelas y colegios, era una paleta de madera ó de cuero con la cual se pegaba al culpable en la palma de la mano ó en la punta de los dedos.

No obstante, por crueles que pareciesen estos castigos, los negros los temian menos que á otros de distinto orden, tales como el de la privacion de los dias consagrados al descanso y el del encarcelamiento. Esta pena de cautividad tan temida de los esclavos, la sufrían 1, 3, 5, 20 dias, segun la gravedad del delito.

Era sin embargo una vida dolorosa la que los pobres negros experimentaban; pero tal vez por el hábito que ya tenían de tantos rigores la soportaban con sobrada resignacion. Pero en cada dominio habia algunos individuos que se esceptuaban de estas disposiciones de la masa; estos eran aquellos que jamas aceptaban la esclavitud ni sus con

secuencias; su odio contra sus dueños era siempre brutal, y tanto mas temible su venganza, cuanto cierta y peligrosa, porque para llevarla á efecto, procedían con lentitud, con ardid y con mucho misterio: su mas favorita represalia era el envenenamiento, que dirigían contra el tirano y su familia, y



hasta contra sus animales, pues sabían que herir al colono en sus intereses, era herirle de muerte. El incendio, que es una de las armas que la debilidad y la timidez buscan para vengarse, se declaró tambien entre los negros, que devoraba las mieses ya recoletadas. Otros de un carácter mas enérgico se rebelaban abiertamente, y jamás capitulaban, desafiando á los suplicios con una constancia extraordinaria, maquinando incesantemente, y

huyendo en fin á los bosques para disfrutar allí de la vida errante de su pais natal.

Los colonos hacían la caza á estos fugitivos, puestos á precio bajo el nombre de *negros marrones*: el negro marron que era cogido vivo, despues de haber recibido gran número de latigazos, se le ponía un collar de hierro armado de fuertes puas, cuyo aparato se destinaba para impedir una nueva evasión; pero al fin la muerte, á fuerza

de latigazos era por lo regular el resultado de estas luchas, y la víctima, en el instante de sucumbir, se consolaba con la idea de que se emancipaba de la esclavitud, y que su amo perdía por ello algunos centenares de escudos.

La suerte de los esclavos negros descendía á condiciones mucho mas miserables que la de los galeotes: estos infortunados eran, y son todavia las victimas de un atentado contra sus derechos y su dignidad de hombre; y por consideraciones de religion, de moral, de filosofia, y tal vez tambien de política, se deben aplaudir hasta cierto punto los esfuerzos eficaces de que hemos hablado. Esperemos al tiempo, que acaso no esté lejano, en que las poblaciones negras del Africa, admitidas bajo el pie de la igualdad en la grande familia de las naciones, trafiquen, no ya con su carne y su sangre, sino con los productos de su fértil suelo.»

—¿Qué triste es la condicion de estos pobres esclavos! dijo Ramon.

—Ciertamente, contestó don Casimiro; pero sin embargo, aunque estimo en mucho las juiciosas observaciones de mi amigo don Raimundo, pudiera presentarle objeciones que destruyesen hasta cierto punto sus reflexiones acerca de la completa emancipacion de esta raza; pero es cuestion hartamente delicada y peligrosa á vuestra edad, en cuyas almas debe tan solo existir el deseo benéfico de que unos hombres que no se diferencian de nosotros mas que en el color, gocen de las mismas prerogativas que á los demas les concede la naturaleza. Tengo mucho que escribir; me voy á mi despacho; mientras tanto, Carolina dará á solas una leccioncita de piano, y tú, mi querido Ramon, darás otro repaso á tus libros del colegio á fin de que no se empolven; escribirás una plana, y resolverás aquel problema que dejó apuntado en tu pizarra.—Hasta despues, hijos mios.

Don Casimiro se fué á su despacho, su esposa se quedó arreglando algunas labores para sus costureras, y los niños pasaron á dar cumplimiento al amistoso mandato de su padre.

(Se continuará)

En presencia de tus hijos, no veas en tu muger sino su madre.

Ciudadanos, guardaos de poner al frente de vuestra república, á aquel que no sabe hacerse respetar de su muger y de sus hijos.

Durante el dia no hagas en presencia de tu muger, nada de lo que no harías delante de una muchacha modesta.

La razon por que hay tan pocos matrimonios felices, es porque la mayor parte de las muchachas se ocupan mas de teger redes que en hacer jaulas.

No te cases con muger rica; tus hijos serian enemigos natos del trabajo.

¿Quieres gozar de los placeres que proporciona una vida doméstica, llena de armonia? Escoge una muger que te sea proporcionada, de modo que no tengas el trabajo de elevarla hasta ti ni de bajarte hasta ella.

Los caballos y los hombres se han de amansar con regalos y castigos moderados, sin desesperarlos del todo: porque vemos que aun los gatos puestos en aprieto, arremeten como leones.

Algunos hombres hay que saben hartas cosas bien sabidas; pero son tan arrogantes, que no pueden persuadirse que otros sepan lo que ellos saben, y en esto quedan muchas veces atajados y corridos, saltados de razones fuera de su esperanza.

Los hombres cuerdos reposadamente, en lo que saben, hablan bien; y en lo que no saben, ni bien, ni mal.

Cuando faltan hombres de sexo y de pecho en una provincia, peligran todas las cosas de ella.

Si te alaban los hombres, sospecha de ellos; si te censuran, sospecha de tí.

Colton.

APUNTES MORALES.

LA COLONIA.

6

NO HAY ENTE DESPRECIABLE EN LA TIERRA

El día siguiente fué consagrado á la continuacion de los arreglos interiores, y á la indagacion de nuevos recursos. Los tres hombres tomaron conocimiento de la parte de la isla que podia ser explorada, y bien pronto conocieron lo que de ella podia esperarse. Desgraciadamente el naufragio los habia lanzado á uno de los parages menos estensos y menos fértiles del archipiélago de Bergh; los árboles fructíferos eran allí poco numerosos, no se apercibía mas que algunos pájaros marinos anidados en las cimas de las rocas.

Rivera esperó que la pesca pudiese suplir á los otros medios de subsistencia de que carecian. Tuvo el gran pensamiento y la suficiente destreza para fabricarse una red con los mismos materiales que el país le suministraba; pero todos sus esfuerzos no disminuyeron á pesar de todo su esmero, el hambre de aquella reducida colonia; solamente él era fuerte y diestro, y era, pues, necesario que todos dependiesen de su industria, y por eso se quejaba frecuentemente á Tarling amenazándole de formar rancho aparte.

—¿Por qué tenemos á nuestro lado á esa vieja que gasta su tiempo en entonar cánticos religiosos, ó en tejer la yerba seca, y á ese bailarín de cuerda que está todo el día tendido á la bartola á la sombra, ó pierde sus horas en domesticar á un pájaro? Apenas ha quedado ya un fruto en los cocos; los árboles de pan están ya completa-

mente despojados; en el periodo de ocho días solo he cogido tres pescados con mi mal fabricada red.... ¿No es una locura persistir en mantener dos bocas inútiles?... Y aun pudiera decir que tres, pues á vd. mismo, señor de Tarling, ¿de qué le sirve su ciencia sobre la creacion, sino para pasar la mayor parte del día en inútiles investigaciones, ahí por medio de los bosques?... Lo dicho dicho, ¡voto á los once mil cielos, y al caballo del rey don Jaime! Las cosas no pueden continuar de esta manera. Viva cada uno por su cuenta, y ninguno dependa de otro.

—No, respondió dulcemente Arturo; todos deben vivir para todos y ayudar á los demas. Tenga vd. paciencia, amigo Rivera, que tiempo vendrá en que probemos que nuestras fuerzas y nuestras facultades pueden servir de alguna cosa, pues en la tierra nada existe inútil, escepto los egoístas.

Sin embargo, á pesar de estas promesas, Jorge continuaba en suministrar casi siempre, y solo la diaria subsistencia. En fin, una tarde, despues que trascurrieron muchas horas durante las cuales Rivera habia estado pescando sin haber podido coger nada, su mal fabricada red se escapó de entre sus manos á la violencia de un pescado grande que en ella habia entrado, y queriendo coger ambas cosas, se remangó los pantalones hasta la rodilla, entró en el agua; pero su desnudo pie encontró un coral que le hizo una profunda herida, y solo pudo volver á la choza á fuerza de infinitos trabajos y no menores sufrimientos.

Guillermo por su parte que acababa de entrar con su pájaro domesticado, no traía nada, y Tarling se habia olvidado de herborizar con el reverso de su cuchillo.

La cólera de Rivera estalló en medio

de maldiciones contra los otros y aun contra él mismo. Si no se hubiese ocupado mas que de sus propias necesidades, nada le hubiera faltado y además tendria una abundante reserva; pero habia cometido la gran sandez (asi decia), de constituirse en proveedor de los demas y solamente por ellos habia agotado los recursos de la isla al mismo tiempo que debilitado sus fuerzas y ahora se encontraba condenado á morir de hambre á consecuencia de su loca generosidad.

Guillermo y la enferma escuchaban estas reconvenções sin responder nada, pues ellos tambien tenian hambre, y lo que es peor todavía, no tenian esperanzas de que mejorase su dolorosa posicion. Despues de dos meses de continuos sobresaltos y horrorosos sufrimientos, se encontraban colocados en la misma situacion que el primer dia de su naufragio, y sino hubiera sido por mistress Koppel ya hubiesen muerto. Sin embargo, Jorge no cesaba de maldecir á gritos lo que él llamaba su imprudencia.

—¿Dónde está ahora el sábio? exclamaba haciendo alusion á Tarling; sin duda se estará ocupando en contar las hojas de alguna flor, ó en desecar alguna yerba, esperando en que yo le habré pescado la cena.... ¡Maldita sea mi tontería!

—Vd. no tiene razon, amigo Rivera, dijo Arturo que acababa de aparecer en la puerta de la choza, porque el sábio, como vd. le llama, ha distribuido muy bien su tiempo.

—¿Y qué nos trae de nuevo? preguntó el contrabandista; ¿algún insecto raro? ¿alguna piedra curiosa ó algún manojito de yerbas señalado con algún nombre latino?

—Nada de eso, amigo Rivera, respondió el naturalista.

—Entonces ¿qué es lo que vd. nos trae? volvió á preguntar con impaciencia el contrabandista.

—La abundancia para hoy y para siempre.

A estas palabras, Tarling sacó de un canastillo fabricado con palmas por la anciana Koppel, *papao* y *baba* y avoideas, en uso entre todos los pueblos

de la Oceania, y que sus estudios le habian hecho conocer. Igualmente habia percibido yacimientos de *gapsgaps* y de *batatas*, cuyos frutos estraños se hallaban próximos á su completa madurez. Explicó á sus compañeros las propiedades nutritivas de aquellos manjares y los medios de multiplicarse por medio de la cultura, de suerte que no se temiera en adelante los horrosos efectos del hambre.

Esta buena é inesperada fortuna, tranquilizó á Jorge, quien se dejó curar por la anciana Koppel, mientras que el titiritero preparaba la comida.

Pero la herida era mas grave de lo que Rivera habia creído en un principio, y se vió precisado á permanecer en la choza por algunos dias en una quietud forzosa. Pero acostumbrado á una vida agitada y á todas las distracciones que proporciona una actividad laboriosa, no pasó mucho tiempo sin que se apoderase de él la mas estremada tristeza; mas entonces mistress Koppel le llegó á ser útil por su conversacion amable, sus cuidados, y especialmente por su buen ejemplo. Ella modificó poco á poco el carácter enérgico y brusco del contrabandista, acostumbrándole á la paciencia, y le enseñó las muchas compensaciones que la costumbre de estar enfermo hace descubrir en medio de sus mismos sufrimientos; inicióle poco á poco en las alegrías interiores que le eran desconocidas, y aquella alma grosera fué desprendiéndose insensiblemente de su ruda condicion; esta alma llegó á ser mas simpática á los ojos de todos, y mas comprensiva, entró en un círculo sucesivo de emociones y de placeres, cuya existencia él mismo no habia sospechado jamás. Ya no se impacientaba ni maldecia cuando la enferma entonaba un cántico; al contrario, le gustaba su voz débil y dulce, la cual le traia una vaga reminiscencia de la de su madre; escuchando los rezos repetidos todas las noches y todas las mañanas por la anciana, se acordaba de algún modo de los que le habian enseñado en su infancia, y llevado de este modo á los cándidos recuerdos que hacia mucho tiempo habia olvidado, se puso

à hablar con frecuencia de sus primeros años que gozó en el benigno y pintoresco clima de Andalucía, y de sus ilusiones de entonces, de sus escrúpulos, y por último, de sus goces. De suerte, que sin notarlo, el hombre rústico venia à ser un débil niño, y acordándose de las impresiones de sus primeros años, comenzaba à comprenderlos y gustar de ellos.

Su herida se iba mejorando; pero la llaga mal cerrada todavía, le impedía entregarse à la pesca por mucho tiempo. Un día que deploraba su ineptitud y se quejaba con alguna aspereza de la poca habilidad de sus compañeros, Trot dijo que se hallaba dispuesto à reemplazarle.

—¡Tú! exclamó Rivera; ¡por el cielo y por todos los santos! Si se tratara de hacer equilibrios en el trapecio ó de andar patas arriba, pudiera creerte; pero ¿y qué has hecho desde tu llegada à la isla, sino echar abajo nidos de pájaros, coger algunos huevos ó perder el tiempo en otras cosas semejantes?

—Pues mi pájaro, que he dado por nombre *Cascabelito*, repuso Guillermo, es una brillante adquisicion; y tan verdad como somos cristianos, quiero que llegue à ser el mejor proveedor de la colonia.

—¿Quién, tu pájaro?

—Mi pájaro, caballero Rivera. Hasta ahora nos hemos visto precisados à hacérnoslo todo nosotros mismos; he querido tener un criado, y me parece que no he empleado mucho tiempo en conseguir mi objeto.

—¿Y qué es lo que sabe hacer tu discípulo?

—Sin que vd. se ofenda, caballero Jorge, mi pájaro pesca tres veces mas que vd. y sin redes.

—¿Tú quieres reírte de nosotros!

—Venga vd. conmigo à la orilla del mar, y juzgará con sus propios ojos acerca de lo que digo.

Los cuatro colonos pasaron efectivamente à la orilla del mar, donde *Cascabelito* comenzó sus ejercicios bajo la direccion de Guillermo Trot, y en menos de una hora, el pájaro domesticado habia llenado de peces la cesta que llevaba su amo, quien se

puso mas orgulloso que si él mismo hubiese hecho aquella pesca maravillosa.

—Ya comprenderá el señor Rivera que yo no he perdido mi tiempo, dijo Guillermo con gravedad; solamente que yo lo he empleado de distinto modo que vd.; cada uno en el mundo toma el camino que puede y por el lado que le encuentra mas fácil; aqui se trata solamente de emplear el tiempo de acuerdo con nuestras inclinaciones.

Este último suceso llamó muy particularmente la atencion del antiguo contrabandista, no porque fuera mas digno de admiracion que los anteriores, sino porque vino despues. Jorge comenzó à comprender que no debe despreciarse ningun egercicio, y todos pueden ocupar su lugar en la sociedad humana. Habia despreciado el estado débil de mistress Koppel, à quien debió primeramente la vida, asi como sus compañeros, despues el consuelo en sus dias de sufrimientos y fastidio. Habia murmurado acerca de la ciencia de Tarling, y todos le debian la abundancia para el presente y la seguridad para el porvenir; en fin, habia despreciado las pueriles distracciones de Guillermo Trot, y estas distracciones acababan de asegurarle un servidor tan inesperado como precioso.

Estas lecciones tan repetidas corrigieron à Rivera respecto de su egoismo y su orgullo. Comprendiendo que las facultades de que era dotado, si bien se hacian mas visibles al primer aspecto, no eran las únicas salvadoras, y que todos los hombres de buena voluntad pueden igualmente concurrir à una empresa, volvió à desempeñar sus funciones con un celo mas ardiente si bien mas humilde.

A medida que los beneficios de la asociacion se iban manifestando mas visibles y seguros entre los cuatro miembros de aquella reducida colonia, tambien se iban siendo cada vez mas necesarios el uno para el otro, y conseguian su objeto de una manera completa. Jorge constituia la fuerza y el valor de la sociedad; Arturo Tarling la ciencia; Guillermo Trot la alegría; y en cuanto à la pobre enferma, ef

objeto de los esquisitos cuidados de los otros, representaba además todos los dulces instintos, todas las necesidades del corazón y las mas intimas inspiraciones; ella era la que rezaba, la que cantaba, quien hablaba á todos los naufragos de su madre, y establecia entre ellos la emulacion al mútuo reconocimiento; era en esta sociedad á un mismo tiempo, el sacerdote, la muger y el poeta; todos encontraban en ella una especie de juez moral y de segunda conciencia. Si mistress Koppel estaba contenta, era una señal de que todo habia caminado bien; pero si estaba triste, alguno de la sociedad habia faltado á su deber; parecia el vínculo mas íntimo de esta familia que ella habia mejorado con su piedad, y á la que gobernaba por su egemplo y afeccion.

Tres años habian trascurrido de esta manera; aquella isla habia llegado á ser para todos insensiblemente una nueva patria; solo de vez en cuando consagraban un grato recuerdo al mundo del que tan bruscamente habian sido separados.

Pero una mañana que Rivera se habia encaminado á la orilla del mar, distinguió de repente á los primeros rayos del día, un navío que bogaba á una distancia considerable, y cuya chalupa habiéndose adelantado acababa de abordar. Apenas tuvo tiempo de lanzar un profundo grito, los marineros americanos le habian visto desde

lejos y acudian hácia él con exclamaciones de sorpresa y alegría.

Rivera los condujo á la choza, donde Tarling refirió menudamente su historia al capitán Yankee, quien al instante los hizo embarcar á todos y se dió á la vela. Por último, despues de una dichosa travesia, los cuatro naufragos llegaron á Boston, que era precisamente el objeto de su viage.

Constituidos en esta sociedad, de la cual se habian creído inseparables para siempre, se recordaron mutuamente todas las obligaciones que debian seguir en adelante. Su asociacion en la isla de Bergh no habia sido mas que un campamento de tres años en el desierto; pero un grande vínculo de reconocimiento y de ternura unian á estas almas, para que pudiesen separarse sin experimentar afectuosas emociones. Los cuatro permanecieron largo tiempo abrazados y llorando sin consuelo. En fin, Tarling reunió todas las manos en las suyas, y se dieron á la vez el último apretón.

—Adios, amigos, exclamó Tarling, marchemos adonde la suerte tenga á bien conducirnos; pero cualquiera cosa que nos suceda, pensemos siempre en lo que nos ha pasado, y jamás olvidemos que las humildes facultades pueden prestar utilidad, y que siempre en el mundo hay un lugar para los hombres que abrigan buenos deseos... Por último, *no hay ente despreciable en la tierra.*



CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

LOS DOS COLEGIALES

DE VESTIMIENTOS.

«Una buena accion deja una huella siempre, y tarde ó temprano se obtiene el premio de ella.»

Esta máxima de un poeta árabe tiene su aplicacion. Con efecto, es muy raro que el bien que hacemos no tenga un día de recompensa de cualquier manera que sea. Cuando se dice que los hombres de abnegacion no son en la tierra los mas dichosos, se equivoca el que lo dice y confunde la felicidad real con sus apariencias: para hablar con verdad, podria decirse solamente, que no son ni los mas ricos ni los mas poderosos, ¿quién, á lo menos una vez en su vida, no ha sacado partido de una accion honrosa, que él creyó olvidada? ¿Qué hombre honrado no ha encontrado, una vez por lo menos, en el mundo un desconocido cuya buena fama no le haya grangeado un amigo? No hay nada comparable con aquella fraternidad que se establece entre todas las almas honradas, y que nos asegura, despues de una buena accion, el apoyo de todos aquellos que son capaces de comprendernos y de imitarnos. Por otra parte; ¿quién puede saber lo que nos reserva la casualidad de los acontecimientos y el fruto que puede reportarnos en el porvenir un beneficio? Tampoco es conveniente hacer buenas acciones con la idea de una recompensa, pues eso seria egercer la usura con los sentimientos del corazon; pero sin esperar la paga de un deber cumplido, puede encontrarse entre los otros la beneficencia que han encontrado en nosotros, y que en la ocasion recojamos un poco de agradecimiento, alli donde se han sembrado tantos beneficios.

La siguiente anecdota, que nos suministra la historia de Inglaterra, nos parece que presenta un egemplo de esta verdad.

Esto sucedió en la época de las querellas del parlamento y el rey. Los dos partidos habian tomado las armas y se hacian la guerra con el mayor encarnizamiento; sin embargo, el ejército del rey Carlos habia sido derrotado muchas veces, y aquellos de sus partidarios que tomaron las armas, fueron conducidos delante de los jueces establecidos por Cromwell en cada ciudad, para ser castigados como rebeldes.

Sir Patrick de Newcastle era uno de estos jueces. Era hombre de costumbres austeras; entusiasta como quien mas de la república, pero sin adoptar sus estravios, Cromwell profesaba á este ciudadano la mas particular estimacion. No habiéndole permitido empuñar las armas su constitucion enfermiza, se dedicó á servir la causa politica que habia adoptado, por medio de sus luces y conocimientos singulares, y siempre le citaban como al magistrado mas activo, el mas hábil, pero tambien el mas rigido y severo con los reos que caian bajo su poder.

Una noche que sir Patrick habia reunido á varios de sus amigos y que cenaba alegremente en medio de su familia, entraron en su casa algunos soldados de Cromwell con un prisionero realista que acababan de sorprender en una cabaña. Este tal era un oficial, que despues de la derrota del ejército de Carlos, habia procurado llegar oculto á las costas á fin de encontrar los medios de embarcarse para Francia. Sir Patrick mandó que le desataran las manos, y que le pusieran otra mesa al lado de la chimenea en el salon donde celebraba su convite.

—Hoy es día de mi cumpleaños, dijo, y quiero concluir mi cena tan alegremente como la he empezado. Servid al caballero oficial y á los que le han conducido. En este momento no quiero ser mas que su huésped; dentro de una hora seré su juez.

Los militares dieron las gracias y se



CROMWELL.

sentaron á la mesa al lado de su prisionero, que parecia muy resignado á sufrir su suerte, y se puso á cenar con sus perseguidores.

Patrick por su parte, volvió á ocu-

par el mismo puesto en el banquete con sus amigos, y cogió el hilo de su narración, interrumpida por la llegada del prisionero.

—Os decia, señores, continuó sir Pa-

trick, que á los quince años, todavía era yo tan raquítico, que todo el mundo despreciaba mi enfermedad constitucion, ó abusaban de ella para hacerme sufrir. Tuve primero que soportar los malos tratamientos de mi madrastra, luego me fué preciso aguantar con heroica resignacion los de mis compañeros; pero el valor no es en el niño como el sentimiento de su fuerza: mi debilidad me hizo cobarde; lejos de acostumbrarme al mal, las brutalidades á que continuamente me veia espuesto, me hicieron mas sensible á los dolores, y cada vez temblaba mas en su presencia. Vivía en continua zozobra; pero lo que mas temia en el mundo, era la palmeta del maestro: dos veces esperiménté este cruel castigo, y conservé hacia él un recuerdo tan terrible, que solo el pensamiento de verme espuesto á él, hacia que mi cuerpo temblara con la misma violencia que el de un azogado.

Como antes os lo he dicho, estudiaba en el colegio de Westminster; las dos clases de este colegio estaban separadas por una simple cortina, á la cual no podíamos siquiera tocar por espreso mandato del director. Un día de verano me sorprendió el sueño, precisamente en el instante que nuestro profesor nos explicaba la poética de Aristóteles; mas un ruido que sonó de pronto en la clase, me despertó con sobresalto, y viéndome próximo á caer, me agarré á la cortina, que rajé con mis manos, dejando un agujero tan grande, que por él se veia la clase inmediata. Los dos profesores suspendieron su explicacion al ruido, y percibieron á un mismo tiempo el desgarron que se habia hecho á la cortina. Lo mismo se me podia imputar á mi el delito, que al colegial que se hallaba en la segunda clase, al otro lado de la cortina; pero mi misma turbacion me delató, y el profesor me llamó para que recibiese doce palmetas. Levantéme cayéndome como un borracho, quise hablar para pedir perdon; pero el miedo me habia helado la lengua; temblaban mis rodillas, y un sudor frio corría por mi frente; en fin, cuando llegué cerca del profesor, cai de ro-

dillas: la terrible palmeta estaba ya levantada, cuando oí decir á un muchacho. — «No le pegueis; yo solo soy el culpado.» Era el colegial situado á la otra parte de la cortina el que acababa de hablar. Le mandaron venir á nuestra clase, y recibió las doce palmetas. Mi primer movimiento fué detener este castigo injusto, reclamándole para mí; pero me faltaron las fuerzas, y una vez dada la primer palmeta, me costó vergüenza hablar.

El colegial, despues de sufrir el castigo, pasó por mi lado con las manos tan coloradas como el carmesí, y me dijo en voz baja y con una sonrisa que jamás olvidaré.

—No te agarres otra vez á la cortina, niño, que la palmeta me duele mucho.

Yo comencé á sollozar, y fué preciso que me sacaran de allí.

Desde este día tuve horror á la cobardía, y he hecho lo posible para alejarla de mi lado, y me parece haberlo conseguido.

—¿Y no conociais á ese generoso condiscípulo? preguntó uno de los convidados; ¿no le habeis visto nunca?

—¡Nunca! por desgracia. No era de mi clase, y yo dejé el colegio de Westminster al poco tiempo. ¡Ah! Dios es testigo, añadió Patrick con una lágrima en los ojos, que muchas veces he pedido en mis ruegos volver á ver á aquel que así habia sufrido por mí, y que daría muchos años de mi vida por poder chocar una vez siquiera mi copa con la suya.

En este instante una copa se adelantó hacia la de Patrick; este levantó los ojos con admiracion; erá el prisionero realista que sonriendo queria chocar su copa con la del magistrado.

—En memoria de la cortina rota del colegio de Westminster, sir Patrick, dijo el oficial; pero á fé mia, vuestra memoria no os ha hecho recordar otra cosa. No fueron doce las palmetas que recibí, sino veinte y cuatro, por haber espuesto á otro al castigo no declarando al momento mi falta.

—Verdad; ahora me acuerdo de esa circunstancia, exclamó el juez.

—Y vuestro digno profesor, si no me

equivoco, me parece que os mandó componer en esta ocasion, un discurso latino sobre las iniquidades voluntarias.

—Tambien me acuerdo, tambien me acuerdo, repitió Patrick; pero ¿es posible que seais vos?... Si, añadió despues de haberle mirado mucho; reconozco esas facciones; es él... no cabe duda.... ¡Y en qué situacion le veo! ¡Y bajo qué uniforme se me presenta!

—Bajo el uniforme de mi rey, sir Patrick. Soy un caballero escocés; he obedecido lo que me han enseñado como un deber. He seguido á mi padre en el ejército de Carlos; mi padre ha muerto en el campo del honor y yo he querido hacer otro tanto. Sea lo que Dios quiera, yo no digo mas que una cosa, *God save the king.* (1)

Despues de estas palabras, el oficial se volvió á sentar á la mesa con los otros militares, y continuó tranquilamente su cena.

Pero Patrick estaba triste y preocupado. Aquella misma noche, despues que dió las órdenes necesarias para que el prisionero fuese bien tratado,

(1) Dios salve al rey.

partió sin decir donde iba, y estuvo tres dias ausente. En fin, al cuarto llegó y mandó que le trajesen al oficial realista.

—¿Van á juzgarme? preguntó este con gravedad; ya es tiempo de concluir aunque no sea mas que por humanidad. Me halló tan bien en vuestra casa, sir Patrick, que si permanezco mas tiempo en ella, concluiré por amar la vida, y lo sentiré, por que hoy me importa poco perderla.

Lord Derby, dijo el juez con un tono conmovido, hace veinte años que dijisteis mostrándome vuestras manos hinchadas y doloridas. «No te agarres otra vez á la cortina, pues la palmeta me duele mucho.» He aqui este documento que os perdona la vida, firmado por el protector; pero yo tambien debo deciros: «No vuelvas á tomar las armas contra el parlamento, pues Cromwell, si se ha mostrado flexible á mi ruego, talvez mañana se niegue á perdonarte.»

A estas palabras, sir Patrick y lord Derby se abrazaron, y desde esta época se profesaron la amistad mas intima y verdadera, á pesar de la diferencia de sus opiniones políticas.

HISTORIA NATURAL.

LAS AGUILAS.

La primera especie es el águila real, que Belon y Ateneo llamaron el *rey de las aves*: es el águila de especie franca y de raza noble. La hembra tiene hasta tres pies y medio de largo desde la punta del pico hasta la estremidad de los pies, y mas de ocho y medio de vuelo y de envergadura: pesa diez y seis y aun diez y ocho libras.

Esta especie se encuentra en Grecia, en Francia, en las montañas del Bugey, en Alemania, en las montañas de Silesia, en las selvas de Dantzik,

en los montes Carpacios, en los Pirineos, en las montañas de Irlanda y en algunos otros parages. Tiene la fuerza, y de consiguiente el supremo poderio sobre las demas aves; como el leon sobre los cuadrúpedos; su magnanimidad desdenna los animales pequeños y desprecia sus insultos, y si el águila castiga con la muerte á la corneja ó á la urraca, es porque la han provocado incesantemente con sus gritos importunos: no apetece mas bienes que los que conquista, mas presa que la que ella misma coge; se mantiene con sobriedad: casi nunca come todo lo que caza, y como el leon, abandona lo que le resta á los demas animales. Por muy hambrienta que esté, jamás se

precipita sobre los cadáveres. Es como el león, solitaria moradora de un desierto, cuya entrada y uso de caza queda á todas las demas aves, pues tan raro es ver dos pares de águilas en una misma parte de montaña, como dos familias de león en una misma selva.

Ademas, el águila tiene los ojos brillantes y casi del mismo color que los del león; las uñas de la misma hechura, tan fuerte el aliento y tan espantoso el grito. Nacidos ambos para el combate y la rapiña, son igualmente enemigos de toda clase de sociedad, igualmente fieros, igualmente altivos



y difíciles de amansar; para domesticarlos es menester cogerlos muy pequeños.

Tiene el pico retorcido y tambien las uñas; su figura corresponde á su natural; ademas de sus armas, tiene el cuerpo robusto y compacto, las piernas y las alas muy fuertes, los huesos firmes, la carne dura, las plumas ásperas, la actitud altiva y derecha, los movimientos bruscos y el vuelo muy rápido. Es el ave que se eleva á mayor altura, por cuya razon los antiguos la denominaron *ave celestial*. Ve mucho, pero tiene poco olfato comparada con el buitre, de consiguiente, solo caza con la vista, y cuando hace presa abate el vuelo, como para tantear el peso de su victima, y la deja en el suelo antes de llevarla porque aunque tiene las alas muy fuertes, es muy poca la flexibilidad de sus piernas y le cuesta bastante trabajo elevarse, especialmente cuando está cargada. Arrebata con la mayor facilidad gansos, grullas, liebres y hasta corde-

ritos, y cuando acomete á los cervatillos, es para saciarse alli mismo con su sangre y con su carne, y llevarse despues los restos á su *era*.

Su nido ó *era* está construido á manera de tablado, con palos de cinco ó seis pies de largo, que descansan por los extremos; sobre ellos hay ramas flexibles cruzadas y cubiertas con varias capas de juncos y brezos. Este tablado ó nido tiene muchos pies de largo y bastante firmeza para sostener al águila, su hembra, sus hijuelos y una gran cantidad de víveres: está descubierta por arriba, y sin mas abrigo que los picos que sobresalen del peñasco.

La vejez, las grandes dietas, las enfermedades y la prolongada cautividad hacen emblanquecer á las águilas: tambien aseguran que el águila generalmente vive mas de un siglo, y añaden que no siempre es la vejez la que origina su muerte, sino la imposibilidad de tomar alimento por combarse de tal modo su pico, que no puede hacer uso de él.